
LUISA DE FARGES.

I.

En el hotel de Farges.

La noticia de la tentativa de asesinato de que acababa de ser víctima el hermoso coronel de Solignac, había causado en París una emoción profunda. No era solamente el mundo de la corte el que había manifestado su inquietud. Solignac era popular y corría el rumor de que el jefe del primero de húsares había sido atacado la noche anterior por un espía austriaco, a quien la policía buscaba con empeño. En los interrogatorios que tuvo que sufrir, Solignac declaró que no acusaba sino á cualquier malhechor vulgar, á algun ratero.

—Esa gente no gasta pistolas,—dijo Fouché que se había trasladado al hotel de Farges.

—De todos modos,—repuso Solignac con una ligera sonrisa,—el que me ha atacado ha hecho uso de ellas.

—¿Y no sospechais de nadie?

—¡De nadie!

Era la respuesta que el coronel se había impuesto y dictado á Marcial Castoret.

Había amado lo bastante á Andreina para hacerle, aun suponiéndola cómplice de su hermano, el regalo de su silencio. José Fouché puso toda la policía sobre la pista de los bandidos, antiguos chuanes y ex-bullangueros que podían encontrarse en París. Pero el ministro sospechaba vagamente que al coronel de Solignac le convenia ocultar la verdad sobre este asunto.

—Drama de amor, drama secreto—dijo Fouché al señor Bernier.

El ministro hubiese de buena gana hechado tierra al asunto dejándolo todo en la oscuridad, como parecia desearlo el herido; pero no se le ocultaba que si la policía no llegaba á descubrir al autor de esta tentativa de asesinato, era un nuevo fracaso que sufría; y, despues de la evasión del comandante Riviere, semejante contra-tiempo hubiese sido ya demasiado.

Fouché comprendía, además, que se hallaba sordamente amenazado, pues había llegado á sus oídos que Napoleón, ocupado en Austria, no estaba satisfecho del extraordinario celo que el duque Otranto desplegaba en Francia.

La vanidad de César se excitaba y envidiaba la acción más insignificante de cualquiera de sus servidores.

—Yo bien sé dónde está el secreto de estas cosas—dijo el señor Bernier á Fouché, y si vuestra excelencia...

—Comprendo. ¿Una mujer?

—¡Siempre!

—Las relaciones de la señorita de Olona con el señor de Solignac no son un secreto; ¿pero qué hilación encontráis?...

—¡La vida es tan rara!

—Dejemos á la señorita de Olona, que, como no ignoráis, es un personaje casi oficial, y busquemos por otro lado—dijo el ministro.

El secretario se inclinó.

Era, pues, necesario que la policía se resignase á descubrirlo todo por sí misma, ya que Solignac parecia resuelto á no facilitarle la obra.

Poco faltó para que Andreina, enfurecida con su hermano, se presentase á Fouché y denunciase á Agostino.

La italiana vió al marqués al día siguiente del suceso, pálido, pero tranquilo, afectando sonreirse. Traía á su hermana el veneno que ésta le había pedido.

Andreina lo miró fijamente, y le dijo con rabia que era un asesino y un cobarde.

—¿Debo llevarme de nuevo esta sortija?—dijo Ciampi.—¡Sería una lástima! El veneno es como tú lo deseas, activo, y produce una agonía llena de hermosos sueños. ¿No la quieres ya, Andreina?

—Sí por cierto. ¡Dame esa sortija y vete!

—Eres una loca—respondió el marqués con frialdad.—¿A qué conduce reñir con la familia? La familia, despues de todo, es lo mejor que hay en el mundo; y cree que te amo más yo, tu hermano, que te dejé niña en la Chiaga y que

te he vuelto á encontrar soberbia y temible en París; ten la seguridad de que te profeso más cariño que ese hombre á quien han recogido... ¿sabes en dónde?...

—¡Sí, en su casa! —dijo Andreina dando un golpe con el puño sobre una consola.

—¿Y eso no te hace saltar el corazón de ira? ¿Y no eres bastante celosa para maldecirle?

—¿Quién sabe?—dijo ella.—Pero vete. Si en este momento se encuentran juntos; si *ella* puede inclinarse sobre la cabecera de su cama; si él está ¡allí! ¡allí! ¡allí!—y señalaba el sitio por encima de las tapias del jardín—á ti y á tu pistoletazo es á quien se lo debe, ¡bandido! ¡Ah! ¡vete, Agostino, vete! porque te juro que, olvidando el nombre que llevas, diré á todos: ¡El hombre que ha querido matar á Solignac, que quizás le ha matado—Agostino sonreía con maligna sonrisa,—el asesino de ese héroe, es este!

Andreina sufría como de seguro no había sufrido nunca, desde que sabía que Solignac estaba moribundo en el hotel de Farges. Tenía como fiebre de verlo. ¿Si sería cierto que la herida era mortal? ¿Si Enrique iría á espirar cerca de ella sin poderle repetir una vez más que le amaba? Hubiese querido arrodillarse delante de él y pedirle perdón; le parecía haber cometido la mitad del crimen, no adivinando que Ciampi estaba dispuesto á cometerlo.

—¿Por qué no he de entrar en ese hotel de Farges? ¿No soy tan noble como esa condesa? ¿No soy la hija del marqués de Olona?

Trató entonces de presentarse en el hotel,

pero el portero le dijo que los médicos habían mandado que el coronel no viese á nadie.

Andreina insistió:

—Decid á la señora condesa de Farges que la señorita de Olona viene á velar á la cabecera del herido.

La señora de Farges palideció cuando le repitieron las palabras de la italiana. No ignoraba que aquella mujer era la querida de Solignac. Sabía también los estraños rumores que circulaban sobre el papel que desempeñaba en París la dama de honor de la reina Carolina.

Preguntóse sino debería mandar que la arrojaran de su casa; pero luego juzgóse severa é injusta, y quizás iba á ceder á un sentimiento de piedad que, sin embargo, la torturaba, cuando Castoret, á quien Catalina había avisado, entró pálido y trastornado en el salón en que se hallaba la condesa.

—¡Señora! ¡señora!—dijo,—¿qué es lo que me cuentan? ¿Esa mujer está ahí solicitando ver á mi coronel? ¡Que no ponga los piés aquí, señora! ¡Que no se aproxime á él! ¡Es el enemigo! ¡Es el peligro! ¡Es la mujer morena, que nos trae la desgracia al coronel y á mi!

—¡Pero si el señor de Solignac desea ver á esa persona!

—¿El?... ¡Apostaría mis cordones á que huiría de ella, como de la peste, si pudiera tenerse en pié!

—¿De veras?—dijo Luisa, cuya fisonomía se alegró y ruborizó un poco con el rubor feliz de la alegría.

—¡Puedo juraros que nada es más cierto, señora!—contestó Marcial.

—Decid que nadie puede entrar—ordenó Luisa de Farges sonriendo, y sin darse cuenta á sí misma, encantada y, algo conmovida al saber lo que el soldado la acababa de decir: ¡Solignac no amaba ya á aquella mujer!

Andreina se retiró irritada, herida como si la hubieran clavado un puñal en el corazón. Se encerró en su gabinete llorando y gritando, fraguando planes de venganza que terminaban en lágrimas. A sus labios asomaba un rugido cuando se acordaba de aquella condesa que le había robado su amante; luego, toda su rabia se convertía en sollozos, cuando recordaba á Enrique ensangrentado y moribundo, quizás muerto ya.

Lo único que había podido obtener de aquel hotel de Farges, era la lúgubre noticia de que el estado de su amante se había agravado.

El esfuerzo increíble hecho por Solignac para oír las opiniones de los médicos y sorprender su secreto, lo había estenuado y puesto á las puertas de la muerte. Dupuytren,—que no se explicaba por qué fuerza hercúlea el enfermo se había levantado,—inquieto y sorprendido desesperó por un momento. Las hemorragias secundarias, son, después del primer peligro, los accidentes más fatales en esta clase de heridas. A la pérdida de sangre puede seguir el síncope mortal. La agitación producida en el herido por sus movimientos y por su caída, ¡no podía además haber hecho resbalar la bala retenida en esa especie de saco membranoso que envuelve

el corazón y que se llama el pericardio? El corazón una vez oprimido por la bala, era la muerte segura.

Dupuytren tenía menos seguridad aun del resultado que podría tener la herida.

El pulso del herido se iba debilitando. Solignac conservaba, como todos los que están atacados del corazón, su inteligencia completa, pero se debilitaba visiblemente, y el cirujano trataba de debilitarlo aún más. Saucerotte, en sus *Misceláneas de Cirugía*, publicadas ocho años ántes, y Cullerier en su *Diario de Medicina*, habían trazado la marcha que Dupuytren seguía en este caso.

Las dudas del cirujano cesaron pronto. La herida caminaba poco á poco á la pericarditis. Los temores y las palpitaciones se multiplicaban y acentuaban en el herido, pero Dupuytren tenía más confianza cuanto más grave parecía el estado de Solignac.

—Ya sé—decía el cirujano—el mal que tengo que combatir. Se hará todo lo posible para que ceda, y cederá.

¶ Solignac, tendido sobre el lecho, pálido, con los labios amoratados, con su fisonomía, risueña de ordinario, demacrada, y sus ojos azules sin brillo, se entregaba á los cuidados de Castoret y de Catalina Magnac. Por lo demás, estaba tranquilo y parecía no sufrir; hasta la sonrisa confiada, dichosa, llena de reto hacía la suerte, alegre, algo burlona, la sonrisa de otras veces, reaparecía sobre su boca cuando, dulcemente, conteniendo la respiración para no despertar al

ronel, á quien creía dormido, la condesa de Farges venia á inclinarse sobre su rostro é interrogar, hasta cierto punto, la enfermedad, con su instinto de mujer.

Toda mujer tiene algo de médico, adivinando los cuidados que hay que prestar á los que sufren. Los médicos cuidan, por decirlo así, con el cerebro, y las mujeres con el corazón.

Luisa tenia para con el herido atenciones de madre. Se hubiese dicho que Solignac, aun con los párpados entornados, adivinaba cuándo se acercaba á él. Permanecía con los ojos cerrados, procurándose la deliciosa sensación de sentir aquel rostro de mujer inclinado sobre su frente. Algunas veces el aliento de la condesa tocaba ligeramente las sienes del militar, que se entregaba á esta caricia como uno se entrega á la brisa refrescante que sopla en las tardes de verano.

Y así permanecía, sin levantar los párpados, temiendo tal vez que su buena hada huyese al mirarla de frente, aunque á veces no sabia con certeza si la respiración embalsamada de Luisa habia venido en realidad á revolotear á su alrededor ó si habia tenido algun sueño hermoso y poético.

Otra mujer iba tambien, inquieta y cuidadosa, á sentarse á la cabecera de Solignac. Era la señorita de la Rigaudie. Habia sabido, como todo el mundo, el atentado de que acababa de ser víctima el coronel; y cuando, azorado, se presentó Fournier para darle la triste nueva, la solterona empujó bruscamente al pequeño

Jack, que comia una rosquilla sobre sus faldas, se puso á pasear por la habitación y á encoger los hombros, renegando de esos jóvenes sin juicio que arriesgan su vida en románticas aventuras.

—Apostaría que es el tiro de algun esposo ofendido el que ese diablo de muchacho ha recibido en su cuerpo — decia haciendo crugir los dedos con inquietud. — ¡Quién será la pécora, causa de todo esto? ¡Una mujer! ¡Ser un héroe en camino de conquistar el baston de mariscal, y arriesgar su vida por una mujer! ¡Ah! ¡qué cosa más necia es el amor!... ¡Y decís que la herida es grave, Fournier?

—¡Bastante grave!

—¡Bastante grave! ¡bastante grave! Podriais decirme muy grave. — La verdad no me asusta. Y despues de todo qué. Un atolondrado que se arroja delante del peligro, un loco, no hay que negarlo, un loco que no se preocupa sino de sus caprichos, que no piensa si no en aquello que le gusta, y no se acuerda de los que le quieren.

Enjugó con rapidez las dos lágrimas que asomaban á sus ojos, cosa poco frecuente en la solterona, y dijo á Fournier.

—¡Que enganchen!

—¡Vais al hotel de Farges?

—¡A dónde quereis que vaya, Fournier? A fé mia que iré, y lo más pronto posible.

El pequeño Jack habia vuelto hácia ella para acariciarla, dando ladridos suplicantes:

—Cuando pienso — dijo en alta voz la señorita de la Rigaudie — que este animalito tiene más

juicio que ese muchacho que está allí en la cama. Verdaderamente que los hombres y los animales están todos hechos de la misma pasta. ¡Qué necesidad sacrificarse por nadie un solo instante! No hay en el mundo quien lo merezca.

La señorita de la Rigaudie iba á salir, cuando Teresa, llena de inquietud, se hizo anunciar. La jóven acababa también de saber la catástrofe. No había visto al hermoso Solignac más que una vez, pero había causado en ella esa atracción irresistible que daba á aquel alegre militar el encanto poderoso de un carácter caballeresco. Teresa había oído hablar varias veces del coronel á Claudio Riviere, y sabía que era un alma escogida. Aunque vivía aislada en su hotel, veía, sin embargo, con frecuencia á la señorita de la Rigaudie, la que á menudo, hablaba, en su lenguaje brusco y adorable, del señor de Solignac, de una manera tan vehemente, que la mujer del comandante Riviere llegó á comprender el profundo cariño que ocultaba la solterona bajo su perpetuo regañar.

—¡Ah! ¿sois vos, hija mia?—dijo la señorita de la Rigaudie al ver á Teresa.—Es probable que hoy comais sola. Me separaré lo más tarde que pueda de ese diantre de Solignac.

—¿Está en gran peligro?—preguntó Teresa.

—¡Ah! tocante á eso, no sé más que vos; más para que el coronel no haya tenido fuerzas suficientes para meterse en un coche y hacerse conducir á su casa, es preciso que la herida sea grave!

—¿Y no sospechais la causa de tal desgracia?

—¿Yo?... Sí tal, sospecho... ¡Ah! ¡quisiera que el diablo se llevase á las mujeres que son causa de semejantes catástrofes!

Estas palabras fueron á parar al corazón de Teresa, é hicieron palidecer repentinamente á la que había amargado la existencia del comandante Riviere.

La señorita de la Rigaudie no lo notó, y como si por instinto, al completar su pensamiento, hubiese querido consolar á la jóven, añadió cojiéndole las manos.

—Después de todo, hija mia, hay tantas desgracias que sufren á causa de esos señores (y suspiró encogiéndose de hombros) que no es más que un toma y daca.

Luego se apresuró á salir, al anunciarle Fournier que el coche estaba preparado.

—Y vete sacando chispas del empedrado, bribon—le dijo al cochero en tono seco.

El cochero contestó con una sonrisa, como si no le hubiese ofendido tal epíteto, porque sabía que cuando la señorita de la Rigaudie trataba de *bribones* á sus criados, era cuando estaba más dispuesta á darles pruebas de cariño.

Por un momento la condesa de Farges trató de impedir á la señorita de la Rigaudie la entrada en la habitación del herido. Pero la voluntad de la solterona era de las que no conocen ninguna clase de obstáculos. La señorita de la Rigaudie insistió, alborotó, tomó la plaza como por asalto y dijo renegando:

—¡Vaya que tono se dá la condesita, que se pavonea en esa córte creada ayer!

Luisa de Farges no había cedido, sin embargo, sino á un deseo espresado por el mismo Solignac. Quería con toda su alma á aquella protectora fiel, que, reprendiendo siempre en los días claros, corría presurosa y dispuesta á sacrificarse en los días de tempestad. Solignac, condenado á una inmovilidad absoluta, tendido en su lecho, acorazado por decirlo así con vendajes y aplicaciones refrigerantes, y cubierto el rostro de una lividez inquietante, saludó á la señorita de la Rigaudie con un movimiento de párpados, una ojeada y una sonrisa.

Por mucha que fuese la virilidad de su alma, la señorita de la Rigaudie se impresionó profundamente al ver la alteración de las facciones del herido. Pocos días habían bastado para convertir al hermoso Solignac en un enfermo quebrantado, sin fuerzas, pálido y moribundo!

Una especie de sollozo involuntario subió á la seca garganta de la solterona, pero lo ahogó violentamente, y, comprimiendo sus lágrimas entre sus párpados y sus pupilas, cuyo azul claro se había oscurecido, tocó suavemente con sus enjutas manos el brazo blanco y redondo de Solignac que permanecía inerte sobre la colcha, y ajustado al cuerpo que dibujaban las sábanas en sus grandes pliegues de sudario.

—¡Pobre muchacho!—dijo entonces con una voz enternecida que contrastaba grandemente con su modo de hablar ordinario.

El coronel sonrió y dijo á su vez, pero en voz baja:

—Estaba seguro de que vendriais. Gracias.

—¡Me dais las gracias!... ¿Por qué me dais las gracias?...

—Porque estais aquí.

—¡Vaya una cosa!... ¡Ah! quisiera reñiros por que estais así, pero me faltan las fuerzas para hacerlo... ¡Ah! ¡bribon! ¡bribon!—añadió dando á esta palabra una ternura singular, intranquila y cariñosa:—¿vais á ser siempre incorregible?

Solignac no respondió. Comprendía que la señorita de la Rigaudie adivinaba la causa de la herida. Pero mostró con la mirada á la condesa de Farges, que permanecía de pie á algunos pasos de distancia de la cama, y la solterona se calló.

Desde entonces la señorita de la Rigaudie iba todos los días al hotel de Farges, sentándose á la cabecera de Solignac, y no saliendo de allí sino despues de haber ayudado á alguna cura ó á la confeccion de hilas y de haberse convencido de que el herido no corría peligro inmediato.

La enfermedad grave de que Solignac estaba atacado, era una pericarditis; seguía, por lo demás, su curso con una regularidad que daba confianza al doctor Dupuytren. Ningun accidente había venido á turbar los cálculos del cirujano. Todo le hacía creer que se formaba un quiste alrededor de la bala, y que el herido podría recobrar la salud; pero teniendo siempre sobre sí ese peligro mortal: el día que el quiste se desgarrara, la bala caería en el corazón, y el coronel moriría.

—Lo importante ahora es salvarle—decía Du-

pytren.—¡Luego veremos de indicarle el medio de evitar la muerte!

Solignac sentíase revivir de día en día. La abertura de la herida perdía su aspecto negruzco y listado, y al mismo tiempo, la herida de Castoret, que había sido más grave de lo que se creyó en un principio, se cicatrizaba, y el húsar llegaba al término de su curación.

—Vamos, todo va bien—decía Marcial.—Mi cuello ya funciona; luego el coronel pronto podrá levantarse. Lo que le sucede al uno, le sucede al otro.

La convalecencia de Solignac no fué, sin embargo, tan rápida. La herida seguía un poco fistulosa, y el tratamiento debilitante que el enfermo había sufrido, las sangrias, la dieta, la inmovilidad y el silencio mismo, ordenado durante algun tiempo, no permitía que se repusiese tan pronto.

Un mes largo pasó; mes de agonías para todos los que se interesaban por el coronel. Para la señorita de la Rigaudie, que temía un término fatal; para Castoret, cuya imaginación seguía impresionada por las cartas, á pesar de sus ocultas esperanzas; para Luisa de Farges que sentía una extraña atracción hacia el moribundo, á quien ella tal vez debía la vida y á quien la casualidad había llevado á su casa para que pudiese pagar la deuda contraída. Mes de agonías, sobre todo, para Andreina, separada del que amaba, obligada á buscar en la fisonomía de los que salían del hotel de Farges el secreto del estado del herido, forzada á aguardar que un

criado le tragese noticias de aquel hombre por quien ella hubiese dado su vida, celosa además y torturada con la idea de que la condesa estaba inclinada á la cabecera de Enrique, que podía contemplarlo á cada momento, hablarle, consolarle, salvarle. Mes de extraña tranquilidad, de deleite secreto, de largos y nuevos sueños para Solignac, quien, teniendo el cuerpo clavado á un colchon, dejaba al espíritu volar libre y con las alas desplegadas hacia las esferas de la novela y de las esperanzas infinitas.

Parecía, en efecto, á aquel aficionado á peligros y aventuras, á aquel domador de hombres, á aquel tomador de ciudades que había empleado hasta entónces su existencia en vanas acciones, en bulliciosas é inútiles locuras. Por algunas horas de deleite, por algunos triunfos de amor propio, por algunos destellos de vanidad satisfecha, ¿qué dicha verdadera, profunda y penetrante había encontrado? Había gastado en cosas sin valor todos los tesoros de buena ley de un alma elevada, honrada y recta; había creído amar sin amar verdaderamente, y de todas las imágenes que encontraba, como fantasmas, cuando volvía la vista á su pasado, la figura de Andreina era aun aquella ante la que más se detenía, enternecido y encantado. ¡Cuán lejos estaba, sin embargo, todo aquello! ¡Qué inútil encontraba esa vida, llena de fanfarronadas y de gloria! Otros la envidiaban; y él ahora, á su vez, envidiaba dichas más humildes. ¿Qué lugar había él dado á la tranquilidad, al goce íntimo, á los descansos saludables y confortantes? ¿Tenía él, eter-

no ginete arrastrado por el huracan, como un personaje de balada fantástica, tenia al menos una frente pura, una frente sin mancha en que poder depositar un beso, un labio leal en que buscar una de esas caricias. que se llevan como un talisman, en la hora de montar á caballo?

¡Nada! ¡El nada tenia! ¡Ni familia, ni hogar, ni amor verdadero! ¡Ni un nombre siquiera, por que el que llevaba era el de una aldea limosina! Asi el hermoso Solignac habia sido engañado en su trato con el destino. Este se lo habia dado todo en apariencia: la gloria, la fortuna, el triunfo, la fuerza, el encanto, la victoria; pero eran tesoros sin valor á los que un solo pensamiento, el deseo de la soledad y del vacío, hacia perder el prestigio.

Por familia, Solignac, el buen militar, tenia la patria; por amigos, la completa adhesion de Marcial y el cariño sincero de la señorita de la Rigaudie. Pero lo que le habia bastado hasta entonces, ahora le parecia incompleto y estéril.

Poco antes no ambicionaba otra muerte que la de Desaix: la bala de cañon precipitando al hombre de su caballo, la última mirada al enemigo que huye, la última palabra para la Francia servida con valor; por supremo sosten los brazos de un compañero de armas, y luego el eterno silencio, y tal vez esa ardiente quimera, la inmortalidad!

Y he aquí que ahora, el coronel del regimiento de Bercherry forjaba poco á poco otro sueño. Poco le importaba morir, pero antes de sucumbir queria haber vivido, no esa vida agi-

tada y eléctrica que habia conocido y amado, sino la existencia tranquila y consoladora en que la verdad se encuentra más frecuentemente que la decepcion en el fondo de las cosas.

Solignac sentia con tanta más vehemencia este deseo inmenso, cuanto que de un minuto al otro,—él lo sabia, lo habia oido,—la existencia podia faltarle repentinamente. Un movimiento violento, una emoción demasiado fuerte, un átomo, un nada,—la gota de agua ó el grano de arena de que habló el filósofo—y todo habia concluido: ¡la implacable noche estaba allí! Más de una vez, el coronel habia sentido pasar cerca de sus sienes el viento frio de las grandes tinieblas. Se habia resistido más de una vez á ese fin amenazador. Sí, queria escapar al peligro corrido, queria dominar á la muerte, queria vivir. Le parecia, en efecto, que la dicha deseada no estaba lejos, y que aquella dicha de dorados cabellos, tenia las facciones de Luisa de Farges.

El herido experimentaba una impresión dichosa y refrescante á medida que, pasando las semanas, se aproximaba la hora de la convalecencia. Toda convalecencia es como un rejuvenecimiento.

El enfermo, sorprendido, echa sobre la vida, que vuelve á encontrar, las miradas que fija el niño sobre las cosas, con sus grandes ojos encantados. Hay algo como el nacer al recobrar la posesión del aire, del espacio del cielo, de las hojas, de las flores, de los horizontes del mundo. Se sufriria voluntariamente y se envidiaría

el lecho de dolor del achacoso, por experimentar esa sensación infinita de la existencia reconquistada, que es como un baño de espacio y de sol.

Solignac revivia. Solignac respiraba con más facilidad. Ya podía incorporarse y mirar á través de las vidrieras del salón, los magníficos árboles y la arena caldeada por el sol de los últimos días de agosto.

Al abandonar el lecho por primera vez, se apoyó en los hombros de Castoret y en el brazo de la señorita de la Rigaudie.

La condesa Luisa de Farges, muy conmovida, contemplaba á algunos pasos de allí al coronel, delgado, encorbado, pero siempre risueño, que la saludaba con su robusta y bonita mano, que la enfermedad había puesto más blanca y elegante.

Cuando el señor de Navailles supo por su nieta que el coronel había podido levantarse, le dijo á la condesa:

—Está muy bien. Espero que ahora ese húsar emprenderá el camino de la enfermería de su cuartel.

—¡Oh! señor marqués.—dijo Luisa con un tono de reproche.

—¡Ah! ¡Vive el cielo! vuestro coronel ha abusado ya bastante, me parece, de la hospitalidad que le habeis ofrecido, querida mía. Estaba herido, se le atendió. Está repuesto, buen viaje.

—El coronel de Solignac no está aun curado del todo, señor marqués, y la menor imprudencia puede causarle la muerte.

—¿La muerte? ¡Se conoce que es muy fragil! Mis compañeros de armas tenían algunas veces el cuerpo acribillado por las balas y no morían. Todo degenera.

—En fin, señor marqués, para que el señor de Solignac, que tiene cerca del corazón una bala imposible de extraer, deje de existir, basta una emoción, un esfuerzo, un grito, un gesto...

—¿Una paja?

—Próximamente.

El marqués de Navailles avanzó el labio inferior y respondió pura y simplemente con el tono desdenoso que el conde de Artois había llevado hasta lo supremo del arte en la antigua corte.

—¡Vaya! Cuando al señor de Mornay-Villedeuil, del regimiento de Centi, le atravesaron de un bayonetazo, se sostuvo todavía una hora á caballo, y aunque herido y condenado á muerte por esos señores de la Facultad, se casó al año siguiente con la señorita de Cheyla, de la que tuvo siete hijos, todos varones. ¡Aquellos eran hombres! ¡Solamente que no llevaban la escarapela tricolor!

Luisa de Farges se sonrojó ligeramente y dejó al marqués de Navailles entregado á sus recuerdos del pasado, y á sus comparaciones satíricas.

La casi certidumbre de la salvación de Solignac causaba á la condesita una satisfacción profunda, un gozo verdadero, de que ella no se daba cuenta. Le parecía que una de las mayores ansiedades de su vida acababa de cesar, y